

YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Jn 11,1-45

Estaba enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos). Enviaron, pues, las hermanas a decir a Jesús: -- Señor, el que amas está enfermo. Jesús, al oírlo, dijo: -- Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba.

Luego, después de esto, dijo a los discípulos: -- Vamos de nuevo a Judea. Le dijeron los discípulos: -- Rabí, hace poco los judíos intentaban apedrearte, ¿y otra vez vas allá? Respondió Jesús: -- ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él. Dicho esto, agregó: -- Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo. Dijeron entonces sus discípulos: -- Señor, si duerme, sanará. Jesús decía esto de la muerte de Lázaro, pero ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: -- Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vamos a él. Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: -- Vamos también nosotros, para que muramos con él.

Llegó, pues, Jesús y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios, y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano. Entonces Marta, cuando oyó que Jesús llegaba, salió a encontrarlo, pero María se quedó en casa. Marta dijo a Jesús: -- Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. Jesús le dijo: -- Tu hermano resucitará. Marta le dijo: -- Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final. Le dijo Jesús: -- Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dijo: -- Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo.

Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: -- El Maestro está aquí, y te llama. Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y fue a él. ³⁰

Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta lo había encontrado. Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo: -- Va al sepulcro, a llorar allí. María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verlo, se postró a sus pies, diciéndole: -- Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Jesús entonces, al verla llorando y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y preguntó: -- ¿Dónde lo pusisteis? Le dijeron: -- Señor, ven y ve. Jesús lloró.

Dijeron entonces los judíos: -- ¡Mirad cuánto lo amaba! Y algunos de ellos dijeron: -- ¿No podía este, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera? Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: -- Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: -- Señor, hiede ya, porque lleva cuatro días. Jesús le dijo: -- ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto.

Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: -- Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sé que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: -- ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: -- Desatadlo y dejadlo ir. Entonces muchos de los judíos que habían ido para acompañar a María y vieron lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Después de haber presentado a Jesús como el agua viva el episodio de la samaritana y posteriormente como la luz del mundo en el episodio de la curación del hombre ciego de nacimiento, el evangelista Juan quiere aclarar la identidad de Jesús presentándolo como la resurrección y la vida.

Jesús garantiza el crecimiento y el desarrollo humano con los dones del agua viva y la luz del mundo. Este crecimiento significa tener una vida que es para siempre, que la muerte no podrá acabar con ella. De esto trata este episodio que leemos y comentamos en el quinto domingo de Cuaresma, la resurrección de Lázaro. Un episodio que el evangelista ha construido con una gran riqueza literaria, pero sobre todo teológica. Hay que saber leer entre líneas este texto para descubrir lo que el evangelista ha querido realmente comunicarnos. Se trata de liberarse del tener miedo a la muerte y de pensar que la muerte ponga punto y final a la existencia y que acabe con todo.

Mientras que los creyentes que se declaran discípulos de Jesús tengan esa idea y ese sentimiento, nunca podrán vivir con fuerza el mensaje del evangelio, porque, ante las amenazas que encuentran en su camino, las adversidades y los obstáculos, es fácil que uno se quite de en medio si ve que su vida está en peligro, que la muerte puede acabar con su vida. Por eso cuando se comprende esta página de la resurrección de Lázaro y el discípulo se ve liberado del miedo a la muerte, y no hay ninguna amenaza que pueda acabar con su vida, entonces es posible vivir como Jesús nos enseña, y es posible practicar con lealtad y con fuerza su mensaje.

Juan ha construido toda la narración poniendo en el centro de la atención las palabras de Jesús para que los discípulos puedan reflexionar sobre ellas. Cuando le informan que su amigo Lázaro estaba enfermo en la aldea de Betania, las hermanas le mandan el recado y Jesús responde una manera más bien extraña: “Esta enfermedad no es para muerte sino para la gloria de Dios, así que manifestará por ella la gloria del Hijo de Dios”.

Jesús está diciendo a sus discípulos que la enfermedad no lleva a la muerte, que no significa cesar la vida, si no que la enfermedad, con toda su gravedad, no va a impedir que la persona siga su crecimiento, incluso superando la muerte. Por eso, cuando Jesús recibe la noticia, dice el evangelista Juan, se quedó dos días en el lugar donde estaba. No sale corriendo para socorrer a su amigo Lázaro, si no deliberadamente se queda en ese lugar. Jesús no ha venido para liberarnos de la muerte física, pues esta es un proceso normal para la existencia humana, si no para dar un sentido nuevo a la vida y para comprender lo que significa la muerte.

Al final Jesús decide ir a Judea. Los discípulos se extrañan pues en Judea ya han intentado apedrearlo. Los discípulos tienen miedo de volver a aquel lugar porque arriesgan la vida si acompañan a Jesús. Los ánima para que sepan reconocer en él esa luz que aleja cualquier tiniebla y para qué comprendan qué la muerte no puede terminar con la vida. Por eso afirma: “Lázaro, nuestro amigo, se ha dormido pero yo voy a despertarlo”. Compara la muerte con un dormirse. El dormir no tiene nada que ver con el cesar, si no que el dormir sirve para que la persona se despierta con más fuerza. De esta manera quiere que sus discípulos vayan poco a poco abriéndose a la novedad de su mensaje, la cualidad de vida que el Señor nos comunica.

Los discípulos no comprenden todavía la expresión de Jesús. Al final tendrá que decirlo de una manera clara: “Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros que no haber estado allí para que lleguéis a creer. Vamos a verlo”. A partir de este momento el evangelista hablará de Lázaro como una persona que está viva. En cambio, se dirá del muerto que estaba en la tumba, según la visión que podrían tener las hermanas, los parientes, los vecinos e incluso los discípulos mismos.

El encuentro de Jesús con las hermanas, Marta y María será también para liberarlas de la mentalidad que tienen acerca de la muerte. Las hermanas le reprochan a Jesús que no haya estado allí en el momento crítico para poder salvar al hermano. En cambio Jesús, a Marta y después a María, les hará comprender qué cuando se da la adhesión a su persona y el ser humano encontrando a Jesús lo reconoce como fuente de vida y cree en él como modelo de humanidad, no va a tener nunca experiencia de la muerte.

Jesús afirma: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí y me presta adhesión, aunque muera vivirá. Aunque tenga que afrontar la muerte física va a seguir viviendo. Pues todo el que vive y me presta atención y cree en mí no morirá nunca”. Jesús está diciendo que para los que se encuentran en situación crítica, el momento de la muerte física no será el final de todo, sino que será una vida que se incrementa aún más. Para los que ya viven ahora y tienen fe en Jesús van a tener experiencia de la muerte. Al momento de ese pasaje no van a tener experiencia de una vida que se acaba sino todo lo contrario, de una vida que sigue creciendo con más fuerza.

Jesús le pregunta a Marta:” ¿Crees esto? Ella le contestó sí Señor yo creo firmemente que tú eres el Mesías el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo” Marta hace una confesión de fe magnífica y reconoce a Jesús como el Consagrado de Dios, el Hijo de Dios, aquel que tenía que venir para comunicarnos la vida definitiva.

Jesús pedirá, después de haber encontrado a la otra hermana, María, que quiten la losa. Jesús dará tres órdenes: quitar la piedra, desatar al muerto y dejarlo que se marche. Para las hermanas y para todos quienes participan en este suceso, parece algo completamente extraño e incomprensible el que se quiera quitar la losa de la tumba, porque esa losa es la imagen de la separación entre dos mundos que son inconciliables, el mundo de los vivos y el de los muertos.

Jesús dice que hay que quitar esa piedra pues hay que considerar la vida como algo que no acaba. No hay un mundo de los muertos sino que hay un mundo solamente de vivos; aquellos que creen en Jesús como la resurrección que permite vivir para siempre.

Las tres órdenes que da Jesús a las hermanas y a los que participan: quitar la losa, desatarlo, después de haber llamado al muerto a que saliera de la tumba y dejarlo que se marche, son las indicaciones que tienen que quedarse fijas en la mente de los discípulos. Hay que ver la vida como algo que no acaba. Hay que considerar a nuestros seres queridos como personas que siguen creciendo y siguen caminando en la vida después de la muerte. Hay que desatar a nuestros seres queridos de los lazos del dolor y de la desesperación cuando se considera que la muerte ha acabado con su existencia. Hay que dejarlos que se marche y sigan caminando en el crecimiento hacia la comunión total con el Padre.

Esto es de lo que trata este episodio de Lázaro, que podamos sentir la vida como algo que ya desde ahora nos hace estar vivos para siempre, y que la resurrección no consiste en algo que sucede en el más allá o qué tenemos que esperar que pueda acontecer después de la muerte, sino que Jesús hablando en presente “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí no muere” comprendamos que nosotros podamos tener experiencia de una vida que es para siempre, y que podamos sentir la presencia de nuestros seres queridos como personas que siguen en esa honda vital de crecimiento hacia la total comunión con el Padre.

Cuando se comprende esta página de Lázaro se empieza a perder el miedo a la muerte y se puede tomar con fuerza y con coraje la palabra de Jesús, el mensaje evangélico, para ponerlo en práctica y para poder construir esa sociedad realmente humana en donde pueda un día

desaparecer cualquier forma de sufrimiento o dolor y se pueda saborear la vida con toda su riqueza.